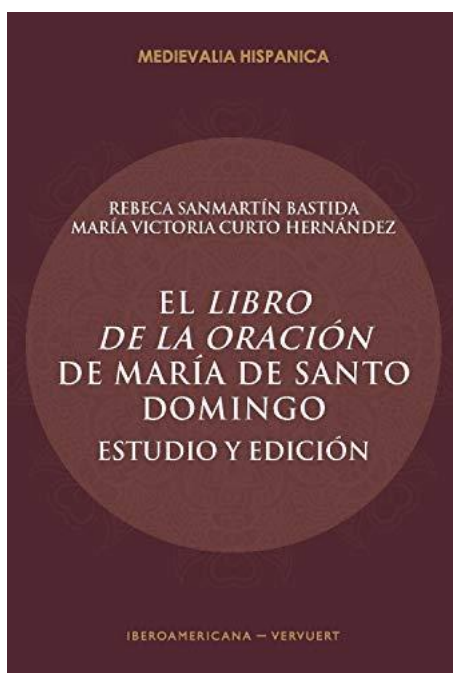


Rebeca Sanmartín Bastida y María Victoria Curto Hernández. *El “Libro de la oración” de María de Santo Domingo. Estudio y edición.* Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2019. 190 págs. ISBN: 978-3-96456-868-7.

Reviewed by: Jerónimo Miguel
(BDDH, Instituto Universitario Menéndez Pidal, Universidad Complutense de Madrid)



Hemos de agradecer a Rebeca Sanmartín Bastida y a María Victoria Curto Hernández que hayan realizado la primera edición anotada de una obra que brilla con luz propia en el panorama de la mística española del siglo XVI: el *Libro de la oración* de María de Santo Domingo. El trabajo, además, aporta nuevos detalles sobre las «relaciones» inéditas del convento de Aldeanueva de la Cruz, sobre la retórica de las lágrimas en María y sobre una interpretación musical rica y detallada de su segunda visión, vivo reflejo de la pasión que ambas editoras demuestran por la autora de este libro.

La edición que aquí nos ocupa se abre con un prólogo de Javier Carballo, O. P., en el que se pone en relieve la figura de la visionaria mística y las nuevas vías de interpretación que nos ofrecen las editoras. Carballo, además de destacar la importancia de la significación teológica y espiritual de las mujeres en los evangelios, llama la atención acerca del meritorio papel de María de Santo Domingo dentro del círculo de mujeres que, en palabras suyas, “encarnaron una experiencia cristiana original y profundamente mística, que ha llegado a ser uno de los grandes hitos de la historia de la espiritualidad” (12-13).

En el estudio introductorio se traza un muy bien documentado recorrido sobre la vida de esta «santa viva» (1486?-1524), cuya figura destaca en medio de un elenco de mujeres que encarnaron en su época este tipo de espiritualidad femenina: es el caso de María de Toledo, de Juana Rodríguez, de María de Ajofrín, de Marta de la Cruz o Juana de la Cruz, entre otras. Hemos de recordar, al hilo de este tipo de espiritualidad, que todas contaban con un precedente que sirvió de modelo, el de Catalina de Siena, pero también con toda una corriente de santidad femenina que se manifiesta en el siglo XIII y que comparte una serie de rasgos comunes: el ayuno extremo, la penitencia, el éxtasis

eucarístico y los carismas. Es curioso destacar cómo, a pesar de los recelos que este tipo de mujeres suscitó entre personajes tan reconocidos como Pedro Mártir de Anglería y entre otras autoridades, incluidas las religiosas, en la corte de los Reyes Católicos se las veía con buenos ojos, pues ayudaban —como el caso de María de Santo Domingo con su defensa de la conquista de Orán— a propagar los intereses políticos de la monarquía y a la reforma de los conventos. En este ámbito, hay que nombrar al cardenal Cisneros, encargado en 1495 de la reforma de los monasterios de mujeres, como uno de sus valedores más importantes, dado que, además, estuvo muy interesado en difundir el mensaje de las visionarias medievales. En nuestro caso, María de Santo Domingo llegó a compartir, junto al Cardenal, el oficio de inspectora de conventos. Con todo, el periplo de esta visionaria no fue un camino de rosas: las controversias suscitadas a raíz de sus revelaciones (algunos dominicos opusieron una tenaz resistencia) se prolongaron en el tiempo y acabaron empujándola a un progresivo aislamiento. Por fortuna, pudo ver impresas, antes de morir, algunas de sus visiones pues el *Libro de la oración* se dio probablemente a la imprenta en 1520.

A diferencia de otras visionarias de la época, no conservamos ninguna obra con la vida de María de Santo Domingo. Sí que tenemos, en cambio, algunas fuentes que nos aportan ciertos datos: el prólogo del *Libro de la oración* es una de ellas; a esta hay que sumar los papeles del tercer y cuarto proceso y después las diversas «relaciones» de la fundación del convento de Aldeanueva, de las que Rebeca Sanmartín nos ofrece una precisa y detallada descripción. Gracias a todas estas fuentes conocemos, por ejemplo, que María nació en Aldeanueva de Santa Cruz hacia 1486, en el seno de una familia humilde de labradores. Posteriormente, marchó a vivir a Piedrahita, a casa de una hermana de su padre, y en esta localidad entró en el beaterio de Santa Catalina. Aquí es donde empezará a cobrar fama y notoriedad, de forma que no tardó en ser conocida con el sobrenombre de Beata de Piedrahita. Nuestra visionaria se movió por monasterios de frailes de Segovia, Toledo, Valladolid, Salamanca, Zamora, Ávila y Madrid, con intenciones reformadoras y ejerciendo una intensa labor espiritual. También se destaca de ella las obras de caridad que hacía con sus hermanas y la buena educación que daba a las hijas de familias ilustres. Sanmartín cierra el estudio biográfico llamando la atención sobre el hecho de que nuestra visionaria pasara de ser un personaje famoso durante el siglo XV y principios del XVI —que atrajo la atención tanto de estamentos políticos, sociales como religiosos— a caer en una suerte de anonimato, de forma que “María de Santo Domingo dejó de ser una santa «viva» y se quedó en María Paniagua, conservando solo la fama de virtuosa” (40). Con todo, este libro deja que seamos los lectores quienes atribuyamos una identidad u otra a nuestro personaje, sea para considerarla una mística con un gran don de palabra y de autoridad espiritual, sea para verla como una mujer heterodoxa y supersticiosa.

Sanmartín es la encargada también de dedicar un apartado específico a la valoración de la retórica de las lágrimas en María de Santo Domingo. Hay que tener en cuenta que las lágrimas eran indicios de la presencia de la divinidad, de manera que, por un lado, contribuían a otorgar a la mujer la imagen de santa y, por otro, al relacionarse exclusivamente con la condición femenina, alcanzaban un mayor vínculo piadoso con la Virgen, devoción que se extendía también a Cristo: los comunes arrebatos, danzas y estigmas que sufrían las visionarias eran un trasunto de la comunión que establecían con Dios, que entraba en el cuerpo y en el espíritu de las iluminadas. Hemos de considerar, sin embargo, que durante la Edad Media la copiosa efusión de lágrimas fue vista a veces con sospecha, que creció durante el alumbradismo, con lo que se hizo cada vez más imperceptible la sutil línea que separaba las actitudes ortodoxas de las heterodoxas. Hay que recalcar, no obstante, con relación a María de Santo Domingo, que “la retórica de las

lágrimas constituyó no sólo una parte fundamental de su mensaje y de su *performance*, sino que podemos decir que fue un éxito, pues no se cuestionó en ella ni tampoco sus efectos en los otros” (57).

Otro aspecto que se destaca del *Libro de la oración* es que haya sido el primer texto místico impreso de una mujer castellana. La obra de María de Santo Domingo fue considerada apta para la devoción católica, pues se difundió no sólo de forma manuscrita en las *Revelaciones* (una suerte de sermones que aparecen en un códice junto a eminentes autoridades eclesiásticas), sino que se imprimió, como ya se ha dicho, en 1520. El *Libro de la oración* contiene un prólogo en el que se nos ofrecen diversos sucesos y hábitos de María de Santo Domingo, al que acompañan algunas referencias sobre su infancia; al prólogo le sigue una oración y contemplación de María de Santo Domingo, que constituye la primera parte, una visión, que da lugar a la segunda, y a esta hay que añadir una tercera, formada por una revelación en forma de preguntas y respuestas; la cuarta parte está integrada por una carta consolatoria que la visionaria envía a un caballero de Segovia en respuesta a una anterior de este.

Un capítulo especial dedica Curto Hernández al lenguaje musical en el *Libro de la oración*. Para ella la música “es un elemento protagonista [...] estructurador que envuelve el discurso en su totalidad” (pág. 69). En este sentido, destaca que la música, en la segunda oración de la protagonista, debió de ser un elemento constituyente del modelo de santidad de la época, de ahí que su presencia en el libro sea notable. La idea de la música gira en torno al concepto de que el alma, en tanto que instrumento musical creado por Dios, debe afinarse convenientemente para poder sonar bien y, en consecuencia, serle grata. Sin duda, aquí María de Santo Domingo recogía influencias anteriores que formaban parte de una tradición musical, desde las de Catalina de Siena y de las monjas del monasterio de Helfta, hasta las de Savonarola, pasando, entre otros, por las de San Francisco de Asís. También apreciamos en qué manera la Edad Media cristiana había reelaborado la teoría cosmológica de la Antigüedad grecolatina, según la cual los cuerpos celestes, al moverse, producen una música armónica, gracias a los principios matemáticos que los han diseñado; de ahí que el número adquiriera valor espiritual para alcanzar lo oculto, lo misterioso y, en definitiva, lo divino. De este modo, esta visionaria ve a Dios, creador del mundo y del alma, como el músico por excelencia; en consonancia con todo ello, el alma ha de estar perfectamente afinada para que Aquel pueda tañerla en condiciones. Esta idea de Dios-músico la lleva asimismo a considerar a Cristo como un referente musical que también hay que imitar: María de Santo Domingo convierte, entonces, sus revelaciones en un canto de amor al Salvador mediante la dolorosa confesión de sus pecados; así, el alma, reconociéndolos y cumpliendo la penitencia, alcanza el final del proceso de afinación, cuyo último objetivo es la unión con Dios, si bien la «santa viva» deja claro que tal unión solo se producirá tras la muerte, cuando el alma, desligada de las ataduras del cuerpo, vaya al encuentro del Amado. La conclusión de esta monografía, en forma de hipótesis que se razona muy bien, es que “la segunda oración de María de Santo Domingo es una oración musical en todas sus dimensiones, lo cual también atañe al modo de articulación de la misma” (111).

Cierro estas líneas volviendo al sólido y esclarecedor trabajo de edición que han realizado Rebeca Sanmartín y María Victoria Curto. Su convincente estudio termina con una edición crítica anotada que cuenta con un texto muy bien construido y con unas precisas notas a pie de página que atañen a diversos aspectos de la comprensión del mismo (ya sean léxicos, ya de fuentes, o en forma de exégesis sobre detalles significativos, paratextos, etc.) y que ayudan a que la lectura sea clara y se haga amena. Como ellas indican, han seguido unos criterios de edición conservadores y, en consecuencia, han optado por no modernizar demasiado el original, intuyendo el cuidado que puso Jorge

Ceci, el reconocido y ejemplar editor zaragozano, en su primera edición, y conscientes, por tanto, del interés que tenía para nuestros días un impreso tan temprano de estas características. Si bien intervienen en la división en párrafos, por lo que atañe a la puntuación han decidido respetarla cuando no da lugar a incongruencias o problemas que obstaculicen la comprensión, siendo conscientes de que en el texto podían quedar restos de prosodia y de la peculiar oralidad de nuestra visionaria. Aparte de ello, han dividido el *Libro de la oración* en seis secciones, con el propósito de acercar mejor el texto al lector y de facilitar la localización de los pasajes. Durante su lectura, puede apreciarse que, detrás de la labor editorial de Sanmartín Bastida y Curto Hernández, ha habido una esmerada labor para mostrarnos la heterogeneidad del impreso y, al tiempo, para allanarnos su comprensión. Gracias a ese esfuerzo tenemos al alcance una obra que supone una aportación utilísima para comprender ese mundo tan complejo y misterioso, pero a la vez tan atractivo, en el que se movían estas mujeres visionarias, uno de cuyos exponentes más representativos, sin lugar a dudas, fue María de Santo Domingo.